

Ignacio Aldecoa 1995: 382.

El caballero compró el primer diario de la tarde antes de entrar en el café. Pagó en monedas de diez céntimos. Cuando entró en el café vio su lugar habitual ocupado por una pareja de novios que cogidos de la mano se miraban a los ojos. El caballero se azoró, después buscó con la mirada una mesa alejada de la puerta y alejada del escándalo de la pareja. Tuvo que irse a sentar junto a una señora muy gorda, conocida de la cotidianidad del café, que resoplaba cuando el chocolate que le servían estaba demasiado caliente y que sorbía ruidosamente cuando se le acababa el suizo y le quedaba chocolate en la taza.

El caballero se quitó el gabán y sus dos bufandas. Colocó el periódico en el diván, se puso las gafas y estuvo mirando un rato, con mucha atención, las vetas del mármol. Antes de que llegara el camarero con el café con leche de costumbre, había sacado un lapicero y había puesto un nombre con letra pequeña en una de las vetas blancas del mármol: "Miguel Servet." Luego desdobló el periódico y buscó la página de sucesos.